

Arte

En la cama de (con) Tracey Emin

Uno de los símbolos entre los llamados «Young British Artist» (YBA) fue y, aún es, Tracey Emin, cuya obra cotiza en los puestos más altos del mercado del arte. Pero ahora hablamos de sus memorias, «Strangeland», que explica sus obsesiones

FERNANDO CASTRO FLÓREZ

No me interesa la obra de Tracey Emin, nunca me he sentido ni mínimamente «provocado» por sus desahogos y ocurrencias, tenía la sensación de que era una suerte de «estética de lo traumático-decorativo» y, además, su actitud desafiante, con salidas de tono provocadas por el consumo sin freno del alcohol, me parecía, más que nada, patética. Adquirió, no cabe duda, notoriedad en los años noventa, consiguiendo lo que desesperadamente deseaba: «Ser alguien»; pero, sobre todo, acumuló dinero, como evidencié en una de sus intervenciones (sedimentada en un fotografía que tiene el título de *I've Got It All*), en un gesto de apropiación frenética en torno a su sexualidad. Desde el principio esta creadora tomó la decisión de «vender sus memorias», transformando su angustia y desesperación en obras que oscilan entre la obviedad,

la abyección y hasta la estricta cursilada.

Stuart Morgan señaló, en un texto publicado en la revista *Frieze* en 1997, que Emin habla de cosas muy sencillas que pueden resultar verdaderamente duras: «Las personas se quedan realmente solas, y tienen miedo real, y se enamoran y se mueren, y follan. Estas cosas pasan y todo el mundo lo sabe aunque no lo exprese. Todo se tapa continuamente con una especie de buenos modales, sobre todo en el arte, porque el arte normalmente ha estado dirigido hacia las clases privilegiadas». La pretensión de dirigirse a la «gente corriente» es, más que quimérica, absolutamente delirante (propia de un narcisismo regresivo), cuando no fruto del cinismo de quien ha conseguido el éxito con una estrategia de obscenidad que va en paralelo a la visualidad hegemónica del *reality show*.

Si la obra de Tracey Emin, «confesional y onanista», en palabras de Julian Stallabrass en su demoleedor libro *High Art Lite*,

me parecía, al mismo tiempo, retórica y repugnante, aparentemente naïf y descaradamente articulada como una «inmensa pose», su libro *Strangeland* me ha impresionado como un magma que tiene algo de sintomatología epocal. Comencé leyendo con una carga importante de prejuicios y me encontré atrapado en una escritura que transmitía crudas verdades, en las que pasaba de los testimonios dolorosos a la poética de la ensoñación, sedimentaba deseos frustrantes pero también aparecía una singular «nostalgia reflexiva».

La vida y la muerte

Afortunadamente Tracey Emin no plantea una meditación sobre el arte contemporáneo ni creo que estas páginas sean el «manual de instrucciones» para comprender su «identidad excéntrica» desplegada en obras comercializadas por galerías de relumbrón. La escritura traza su propio territorio que, en este caso, es un mapa fragmentado de trayectos entre la vida

y la muerte, allí donde se entretienen ebriedad y depresión. La cita con la que abre el libro es oportuna: «Le conté todas mis preocupaciones a un amigo con la esperanza de que eso me ayudara a sentirme mejor. Pero lo que le dije pasó a ser un secreto a voces, luciérnagas en la oscuridad. Ahmad Ibu-al-Qaf, siglo XI». Entre las páginas de estas memorias descarnadas hay tantos destellos cuanto simas oscuras, abortos que dejan una huella *mnémica* dolorosa y recuerdos cálidos del amor a un padre que es un crápula.

Cuando nació Tracey, según cuenta, «creyeron que estaba muerta», y acaso toda su vida no ha sido otra cosa que un desafortunado deseo de tratar de encontrar algo que llenara el pánico al vacío, esto es, la certeza de que su existencia estaba marcada por la soledad. Una niña que quería, como su hermano mellizo Paul, «ser normal» experimentó el paso de la riqueza a la miseria y sufrió los insultos de los demás, como cuando en la infancia le dije-



Vitrina de la exposición con distintos libros de artista

Un libro de muchos artistas

Los libros no solo se escriben, también se pintan, se esculpen y hasta se instalan. Dos muestras en Madrid nos acercan a este universo

FRANCISCO CARPIO

Nuestro tiempo, cada vez más digital y virtual y menos analógico y real, no parece ser, desgraciadamente, el mejor caldo de cultivo para el florecimiento, ni siquiera para el mantenimiento del

libro como un valor cultural innegociable. Por ello, adquiere especial relevancia la voluntad, por parte de muchos artistas plásticos, de seguir queriendo reivindicar la página impresa, desde su percepción plástica, y con ella, el placer -físico y

conceptual- de la lectura y la mirada en papel (y no en píxeles), y, sobre todo, reivindicar el propio libro, no sólo como un (necesario) contenedor, receptor y emisor de conocimientos y cultura, sino también como un auténtico objeto artístico y como un material de creación utilizado por numerosos artistas dentro del arte contemporáneo.

El padre del invento

Mucho ha llovido -y más aún se ha publicado- dentro de este apasionante género artístico contemporáneo desde que en 1963, Edward Ruscha se erigió-

